

Hace unos meses, CRISTIANISMO Y SOCIEDAD solicitó al reputado crítico y profesor uruguayo Carlos Real de Azúa un artículo analizando el papel cumplido por el Batllismo —el partido político que tras un gobierno casi continuo de cincuenta años conformara la imagen actual del Uruguay— en el desarrollo histórico de este país. El Prof. Real de Azúa cumplió con creces nuestro pedido, y en lugar de escribir un artículo desarrolló su tema en un libro que, una vez editado, cubrirá algo más de cien páginas. Desde ya podemos asegurar que ese trabajo constituye un invaluable aporte al estudio de los movimientos políticos en el Uruguay, y CRISTIANISMO Y SOCIEDAD se siente honrado de haber proporcionado el impulso inicial al Prof. Real de Azúa para acometer esta empresa. Resulta evidente, sin embargo, que dado el carácter de revista de nuestra publicación no había manera de reproducir íntegramente ese texto. Por eso, mientras el libro espera para ser editado, anticipamos estas últimas páginas que cubren las dos últimas secciones y un fragmento final de la antepenúltima. En sí mismas conservan elementos suficientes como para dar al lector dentro y fuera del Uruguay las ideas básicas del trabajo y una imagen de este país cuya conformación política y social está tan importantemente determinada por el Batllismo.

# pensamiento

## actual



41

### EL IMPULSO Y SU FRENO:

Tres décadas de Batllismo en el Uruguay

Carlos Real de Azúa.

#### Congelación de las superestructuras.

El Uruguay resulta hoy una nación cuyo equilibrio, en tono medio-burgués, cuyo conformismo social le hace hostil a toda reforma de estructuras, especialmente en todo cuanto ella represente, de manera inevitable, una redistribución efectiva del ingreso nacional, lo que, sin duda, es coherente con el acento conservador del aparato político que sostiene (y soporta). Pero es también un país, sin embargo, que a través de la conducta de muchos de sus grupos económicos y sociales reclama y actúa como si quisiera (pero la impresión es engañosa) que esas estructuras no debieran estar un minuto más vigentes, como si los precarios equilibrios que ha logrado tuvieran que ser rotos sin más dilación.

Podrá decirse que contener aquellos y salvar éstos es la misión de todo Estado y los que lo irvisten, pero la conclusión no podría quedar en este aserto tan general. La situación, aparentemente (sólo) paradójica, es la de una política y una sociedad que no quieren, es obvio, ni el capitalismo ni la libre empresa puras ni menos una economía socializada, centralizada y planificada pero soslayan al mismo tiempo lo difícil, lo delicado que es el funcionamiento medianamente eficaz de sistemas intermedios, que parecen confundir la sideral distancia que existe entre uno de ellos que sea coherente y nuestra realidad. Una realidad, dígame en forma breve, que es una olla podrida de estatismo y capitalismo especulativo, de dirigismo e intervencionismo esporádicos y promesas, muchas promesas, de una planificación futura. (49)

Desde el punto de vista del Batllismo, para volver a él, a este moverse azorado entre grupos sociales de nivel intermediario o alto (los llamados "estratégicos" (50) tienen la seguridad de una consideración más favorable) ha ido a parar la postura clásica de una conciliación de clases en un espíritu siempre acrecido de justicia, dentro de una sociedad progresiva, en una nación que se industrializa, que moderniza sus estructuras agrarias, que se fortalece.

Si se ha de ser justo, es discutible la parte que el movimiento creado por Batlle pueda haber tenido en este proceso; es de pensar, sin embargo, que su optimismo social básico, su insistencia en estribillos estatistas y fiscales ya ñoños, vetustos, el criterio electoral que abona muchos de sus actos (y que es en cierta medida inseparable de toda "política de partido" en régimen pluralista) no han contrariado en nada esta tendencia que es hoy la del país dominante. Reproche más sustancial todavía puede ser el de que haya resultado tan invisible su reacción frente a la caída de nivel de la gestión de los Entes, dándole argumentos a la postura conservadora, cerrando por ese lado la necesaria ampliación del sector estatal.

También parece responsable el "acento" que el Batllismo imprimió a su prédica: vivíamos en un país de ricas potencialidades, que a nada nos constreñía y no hace muchos años ya en pleno pantano de dificultades. La figura más notoria del partido rechazaba con indignación, en un discurso de regreso, que alguien tuviera que hacer algún sacrificio en esta tierra venturosa.

#### **La inadecuación frontal.**

Si la crisis ya se produjo, si el deterioro ya se hizo efectivo, poco sentido parecería tener un contraste entre las exigencias que nuestro tiempo impone a una pequeña nación marginal y las soluciones que un partido fue capaz de dar para lograr su promoción en tiempos históricos de optimismo apacible y básica seguridad. Sin embargo, un cotejo recíproco de esos dos roles: exigencias, soluciones, puede tener una virtud esclarecedora interesante. Ensayémoslo entonces, rastreando la posibilidad de que él se viniera deslizando hace ya tiempo entre la doctrina de aquel partido y una realidad eventualmente distinta que aquella en que fue apta para inscribirse.

De la realidad pasada, del "mensaje" batllista ya hemos dicho suficientes cosas y no hay más que recapitularlas ceñidamente. Una doctrina, anotamos, modelada en una nación socialmente equilibrada, en la que los reclamos de los sectores sociales por una vida mejor más tuvieron que ser inicialmente estimulados que contemplados. Una producción, la de esta colectividad, simple y remunerativa, de salida regular en el circuito económico del imperio inglés, sin otros sobresaltos que ascensos poco sensacionales y depresiones relativamente fáciles de conjugar. Una economía complementaria en suma, del gran

organismo económico occidental, con pausados índices de crecimiento demográfico, con un sistema monetario estable, con una clase dirigente nutrida por la cultura europea en su gran momento humanista y optimista, dotada de una fe casi sin resquicios en la superioridad de las instituciones representativas y deliberativas y en el seguro porvenir de una organización social que culminase en un Estado que la sirviera y exorcisase al Poder político y militar, juzgados como rémoras de tiempos oscuros, peligrosos o simplemente inútiles para cualquier calculable futuro.

No es inútil, para llegar a ciertas conclusiones (decía), el contrapunto entre este cuadro, en el que el Batllismo fue capaz de funcionar y crear con aquél en el que las presentes e inminentes generaciones del país tienen y tendrán cada vez más que moverse. Ennumeremos a todo correr.

Un mundo en el que grandes grupos supernacionales crecientemente erizados y decididos a lograr su autosuficiencia parecen decididos a estrangular nuestro comercio exterior y, con él, nuestro suministro más vital de divisas, en el que las ficciones del solidarismo internacional a todo cuerpo revelan día tras día su naturaleza de tales, en el que el desnivel entre países maduros (o centrales, o desarrollados) y países marginales (o inmaduros, o insuficientemente desarrollados) se ahonda sin pausa y se traduce, entre otras cien expresiones, en una "relación de intercambio" siempre desfavorable para nuestros países. Un mundo donde una revolución tecnológica de cibernética y automatización marcha a grandes pasos mientras en ese rincón de él que agrupa a nuestras patrias apenas se recorren los primeros trancos (penosa, pausadamente) de las formas más elementales de industrialización y se profundiza por ahí, también, el foso entre el "adelanto" y el "atraso". También la otra abismal diferencia —correlativa, causal, efectual— entre el tremendo dinamismo operante y creador que las zonas centrales (Europa, U.R.S.S., Japón, Estados Unidos) despliegan y nuestro trámite de vida cansino y apacible, nuestro ritmo de trabajo generalmente laxo, nuestro sistema de retiros generosísimo, nuestra enseñanza más breve y benévola, menos exigente que ninguna otra, menos impositiva en calidad y en cantidad, menos imantada a la función suprema, disciplinada y esencial de estudiar, ponerse al nivel, aprovechar al máximo todas las aptitudes de lo que cualquier nación en nuestras condiciones pudiera, sin peligro de entangulamiento, concederse. Un mundo sometido a las terribles presiones del espíritu acreedor de la sociedad de masas y las nuevas formas de organización política y social que ella reclama, en donde asumen acuciante emergencia los problemas de la propiedad y el uso de los medios de coacción psicológica y de labilidad social que la técnica ha madurado. Un mundo sobre el que planea la amenaza de los sectores de enloquecida explosión demográfica y la acción de ideologías universales, instrumentos de las políticas de poder, organizadas, ubicuas, corruptoras, inescrupulosas. Un mundo en el que las tensiones internacionales y la operancia de los imperialismos, en retirada pero muy efectivos suelen imponer a las naciones en proceso liberador la política militar más costosas o el ejercicio más centralizado, menos "humanitario" de su autoridad, por muy pacíficas que ellas sean, por muy humano que el móvil que las inspire haya comenzado siendo. Un mundo en el que todo parece marchar en sentido inverso a la confiada suposición batllista de un ensanchamiento de las cuestiones susceptibles de ser resueltas por el buen sentido del hombre común y su capacidad de decisión mayoritaria tras minuciosa y llana discusión donde, por el contrario, ese hombre común recibe la opción, ya preparada, tremendamente simplificada, de decisiones absolutamente genéricas y a menudo mistificadas, en el que los dictados esotéricos de la técnica son los que hacen frente a una realidad cada vez más peligrosa, urgente, delicada, compleja; en el que la efectividad democrática es cada vez más reducida a un refrendo casi plebiscitario, masificado de cada régimen y la

dualidad o multiplicidad de partidos (cuando se sostiene) representa insignificantes, esencialmente epidérmico puesto que en nada fundamental calan. Un mundo en el que la alternativa entre desarrollo y la posibilidad de satisfacer los reclamos impostergables de la masa o el estancamiento y la pobreza imponen disciplinas sociales y productivas muy estrictas, unidad de miras, rigurosas contenciones del consumo, cautela nacional defensiva muy despierta ante las consecuencias políticas y económicas de los aportes financieros extranjeros que ese desarrollo —o lo mismo su alternativa de la capitalización nacional— requiere. Un mundo, en fin, en el que ha periclitado la filosofía histórica y el europeo-centrismo racionalista, optimista y humanista en el que el Batllismo se movió y la complejidad y el valor de las culturas llamadas “atrasadas” y, correlativamente, la condicionalidad y la equivocidad de los patrones ideológicos supuestamente “universales” se hacen convicción general, extendida, hasta fervorosa. Un mundo (por fin, que para recuento es largo) en el que todas las convicciones, valores, vigencias que fundan instituciones, pautas de conducta, relaciones, se enflaquecen hasta desaparecer y no tanto la publicitada angustia como el sinsentido, la indiferencia, la ajenidad a todo ocupan su sitio.

Abusivo contrapunto, se dirá. Y además impostado. ¿Qué movimientos políticos tradicionales responden a este repertorio, dramáticamente yuxtapuesto? Ninguno de los que se mueven en nuestra órbita, debe contestarse. Pero agregando que no son muchos los que quieran hacer de la historia un presente, los que invocan con tan pétrea seguridad sus formulitas quincua-genarias.

### Conclusiones.

44

Volvamos ahora a la interrogación que fue nuestro punto de partida.

Hay, claro está, explicaciones generales, siempre probables si se supone el proceso, la dialéctica interna de esa realidad que es un “partido”.

Una de ellas insiste en que es regular que todo movimiento cívico venga de ser una “mística” a ser una “política” (para usar los términos de Charles Peguy), pase a ser un impulso a ser una organización, desfibre su redentorismo dinámico en una satisfacción de lo alcanzado. Esta explicación tiene algo que ver con aquélla que identifica todo brío creador institucionalizado (en partidos, en organizaciones, en movimientos) con un cierto “neuma” —cierto soplo, cierto espíritu— que tenderá fatalmente a amainar y detenerse, de modo similar al que ciertas filosofías cíclicas de la historia marcan el paso del ascenso al crepúsculo de las civilizaciones.

Tal explicación es de tipo analógico. Pero no lo es la que señala en los partidos ese proceso de oligarquización que estudió Roberto Michels, ese tránsito de la gran figura creadora —Batlle en este caso— los colegiados mediocres, rutinarios, proclives a una actividad puramente defensiva “administradora”. Entre 1929 y 1933 muchos uruguayos, inclusive batllistas, creyeron sorprender este paso, convicción que, certera o no, mucho tuvo que ver con el clima que caldeó el golpe de Estado de 1933.

Mayor valor de generalidad tiene anotar todavía que todo partido dotado de contenido programático pugna por la realización de ciertos “valores”: políticos, económicos, socio-culturales. Digamos: cierta concepción de la justicia, de la igualdad, de la libertad, de la autonomía social o nacional, de la eficiencia. Pero los valores políticos no son unívocos y, en cuanto se encarnan históricamente, resultan ricos de inesperadas sustancias. Cierta igual-

dad no es "la" igualdad, cierta libertad no es "la" libertad, cierta justicia no es "la" justicia. Por ello al mismo tiempo que esos valores se realizan en la vida social, su misma afirmación va revelando insuficiencias, y manquedades. Ellas son las que sin alteración de "la tabla de valores" desencadenan un nuevo proceso, un proceso que el realizador de la modalidad consolidada, en este caso el Partido, ya no está en condición de cumplir.

Se han examinado, también, factores, razones más específicas. Una puede partir de la evidencia irrecusable que el Batllismo contribuyó a modelar, en esfuerzo dominante o más egregio que otros factores concurrentes, una sociedad y un Estado muy superiores a casi todos los otros hipanoamericanos según pautas determinadas. Unas pautas que, ni exclusivas ni intemporales, cabe llamar más localizadamente "modernas" y "progresistas".

Todas las dimensiones del país dieron un salto hacia adelante y seguirían creciendo un tiempo, siendo los guarismos decisivos de la población y la producción los que antes se detuvieron. De cualquiera manera pasó el Uruguay en las primeras décadas del 900, por esa etapa del regodeo de las cifras que fue una hora también de la vida argentina. (52) Con acrimonia, como siempre en él, un antibatllista tan consecuente como Mario Falcao Espalter, criticó en 1920, tal estado de espíritu.

Por ello, es como siempre a los factores cualitativos a los que hay que apelar cuando se quieren sorprender "las grietas en el muro", el gusano en la fruta exteriormente opulenta. Aventuremos, sin embargo, antes de su estricta consideración que los modelos del subdesarrollo y los de los modos de salir de él dan relevancia y cohesión a muchas de las críticas que estas reflexiones (y algunas de ellas con reiteración) se han realizado. Tal es, por ejemplo, el evidente fracaso en diversificar y hacer crecer el sector primario agrícola-ganadero en términos sustanciales. Tal, el no haber previsto el efecto embotellador que sobre todo el desarrollo industrial tendrían, tanto aquél como la pequeñez del mercado —el capital problema de la "magnitud nacional", geográfica, demográfica y económica, en que una empresa modernizadora se hace factible y el acuciante para nosotros de qué porvenir poseen, como tales, las "pequeñas naciones". Tales podrían ser también el carácter negativo de ciertos trazos que aquí se han subrayado: haber dejado subsistente el sesgo predominantemente intelectualista y universalista de la educación uruguaya; el haber promovido un espíritu de "alto consumo", de reclamo, derecho y facilidad antes de haberse llegado a estadios más altos de desarrollo. El haber anquilosado una superestructura política haciéndola sólo nominalmente representativa, inepta igualmente a recibir auténticas inflexiones del entramado social como para comunicar a éste impulsos valederos. Haber angostado por sectarismo político y religioso la generosidad y la amplitud de su veraz llamado a construir un país nuevo. Haber empantanado en la rutina política y en la torpeza burocrática toda dirección dinamizadora. (53)

Con todo, si hubiera que ceñir las debilidades más globales, más conspícuas, de más efecto a largo plazo, es especialmente a dos a las que hay que hacer referencia.

La del **móvil filosófico cultural** podrían ser una de ellas, pues es dable pensar que la filosofía "progresista" de que el Batllismo se reclamó ha entrado en proceso definitivo de disgregación y caducidad y que sus ingredientes racionalistas, individualistas, hedonistas, ético-inmanentistas, romántico-populistas o han seguido la suerte del compuesto que los integraba o han entrado —lo que en cierto modo es más seguro— en nuevas, en muy disímiles y casi siempre infieles recomposiciones.

**Ceguera al contexto** podría registrarse por fin; olvido, por ejemplo, de las restricciones que imponía al desenvolvimiento industrial la pequeña magnitud de la comunidad y de su mercado, desprecio a las constricciones y a que sujetaría el crecimiento de la clase media y obrera una estructura agraria del tipo de la uruguaya, desatención a los fenómenos y desequilibrios de una situación de marginalidad en un medio cultural tan intensamente europeizado como ya era el nuestro. La falta de conocimiento de las condiciones americanas y de la naturaleza y significación del imperialismo que hizo a Batlle, en 1904, acariciar la idea de la intervención de la marinería yanqui en nuestra guerra civil no es, en cierto sentido, más que el corolario verosímil de una situación ambigua, de la residencia en un limbo en el que no éramos ni americanos ni europeos.

A este respecto se ha hablado (lo recordaba) del "país de espaldas a América", bullente, promisorio, trágico que geográficamente integramos. Es un tema predilecto de las recientes promociones intelectuales y algunos libros muy conocidos de Mario Benedetti, de Carlos Martínez Moreno, lo han orquestado con riqueza. Vale la pena señalar, con todo, que es dudoso que una "atención a lo americano", una menor alienación a los figurines de la cultura literaria y social de Francia tuviera que haber llevado a una renuncia de ciertas superioridades naturales de nuestro país respecto a otras zonas de América, a un masoquista ponernos a la altura de las más afortunadas.

En realidad entre no haber conseguido hacernos una nación "central" y no "periférica" (una tarea de la magnitud de parar el sol) y este habernos apartado de lo específicamente rioplatense y americano; entre haber querido dotarnos de todos los órganos y los tejidos de una nación madura y haberse conformado con el destino y la magnitud de una pequeña comunidad económica e ideológicamente mediatizada se deslinda con suficiente precisión la falacia batllista. Una falacia que en cierto modo era inevitable: el despejarla hubiera reclamado esas grandes energías históricas de espora, de aliento universal que recién las naciones marginadas del Tercer Mundo están, como un todo, comenzando a inhalar. La situación desde la que tal empresa quiso acometerse en nuestro país es de las que están más allá de la mera culpa o mala fe subjetivas: cualquier solución de fondo sólo podría haber vencido la precariedad de lo que se logró (dejando, por obvio, de lado el no haber hecho nada) por medio de un giro copernicano del destino de Latinoamérica entera.

Pudo con todo darse, pudo alborear una comprensión más exacta, menos satisfecha, menos hinchada de las constricciones que acechaban a lo ya realizado. La lucidez de una comprensión plena es un bien en sí y pudo dictar a nuestros orondos gobernantes de la tercera década acciones y abstenciones que no hubieran lucido pero que pudieron dejar más desbrozado el camino. La convicción, por el contrario, de que con algunos retoques políticos y económico-sociales se había llegado a un estado de perfección no sólo es anti-dialéctica y antihistórica sino que tiene mucho que ver con todo el espíritu que inficionó lo mejor de la obra batllista.

Ricardo Martínez Cesa la ha llamado el "espíritu de facilidad", señalando de paso lo ajeno que la propia personalidad de Batlle era a él. Podría llamársele "espíritu acreedor" también. Un trazo universal de la sociedad de masas, que países industrializados y maduros pueden (incluso) tener interés en fomentar, pero que aquí se desplegó en un muy distinto contexto. Un inverosímil optimismo, una sistemática ceguera a la dureza acechante de la historia, al rigor de la competencia entre sociedades y naciones fue trasfundido a grandes oleadas a toda una colectividad, a la que se acostumbró al constante reclamo, a la que se aflojó hasta un ritmo de trabajo propio de tiempos idílicos, a la que se dotó de un sistema de seguridad social cuyo costo res-

pecto a la producción de la que tiene que salir, del aporte de los activos de la que ha de ser extraído nadie se atreve ya a decir que, absoluta o comparativamente, no sea desmedido. Una colectividad, en suma, a la que se hizo creer que tras el éxito de los primeros esfuerzos, la plenitud de los tiempos —y sus añadiduras— habían llegado.

En su terminología de las etapas de desarrollo, Walt Rostow opinó tras un rápido conocimiento del Uruguay que éramos una sociedad que había pasado sin etapas del "take off", del "demarrage" o del impulso de crecimiento inicial a la del "alto consumo de masas". Traducido a cualquier otra terminología el diagnóstico sigue siendo exacto. Y aun otra cosa podría resultar más grave: una sociedad a la que se estancó en una suerte de radicalismo verbal básicamente conservador y a la que se limó de toda energía revolucionaria: incómoda, trabajosa, dura al fin, haciéndole creer que con algunas elecciones ganadas, algún impuesto más, algunas medidas legislativas, los privilegios de los grupos superiores caerían al suelo como hojas secas y el feliz reinado de la igualdad sería alcanzado. No se necesita ser un revolucionario cabal para pensar que si en algún país el "evolucionismo" social ha tenido un sentido enervador, ese país es el Uruguay.

Nuestro país parece hoy, en suma, una sociedad económicamente estancada, políticamente enferma, éticamente átona, si bien civilmente sana y socialmente más equilibrada que muchas otras de su tipo. Globalmente, ya se trató de fundarlo, inepta para la altura de los tiempos y para desenvolverse en él.

No pretendo afirmar que entre este cuadro y el Batllismo la relación sea inequívoca. Puede defenderse aun ahora que el Batllismo no es el responsable de nuestra crisis porque no es "el único responsable". Pero aun, si todavía se le considerara hipotéticamente actor único, podría alegarse dispensas que tendría a su mano. Tres "porques":

47

Porque completó de alguna manera una imagen del país y la consideró aceptable, juzgando, por ende, que no tenía porque hacer "otra" cosa.

Porque, supuesto lo anterior, fueron factores supervinientes los que la destruyeron, y ya no estaba el Batllismo en su mejor "forma", en su plenitud histórica, para calafatearla, para inventar otra nueva.

Porque (matizando la primera idea), cuando un movimiento político — caso del Batllismo— alcanza una imagen satisfactoria se detiene; y el esfuerzo por hacer esa imagen más veraz, cabal, profunda, ya significaría alterar el cuadro, las estructuras alcanzadas; o porque, cuando esa misma imagen es borrada o atacada, el esfuerzo correlativo por devolverle su vigencia arriesgaría aquello que, de alguna manera, se quiere conservar.

Sin embargo, de tener que escoger entre una opción, podría resistir buena andanada de críticas, sostener que determinadas limitaciones internas, ciertas carencias y falibilidades fueron las que no le permitieron culminar su importante obra; las que le impidieron, por otra parte, darle perduración, hacerla resistente a todos los embates de descomposición que por tres décadas más sobrevendrían.